



LAS BARBAS DEL VECINO

(Impresiones de un aguafiestas)

par Santiago AIZARNA

Reconozco haber nacido a destiempo. Es una verdadera tragedia, ya lo sé, pero ¡qué se le va a hacer! Posiblemente haya sido la voluntad de Dios la que me haya hecho nacer en tal tiempo y en tal lugar, pero uno ha llegado a creer hasta en una pequeña equivocación. Uno cree que su tiempo, el que le correspondía, era un tiempo de plenitud y no de transición, como ha ocurrido. En resumidas cuentas, que uno esperaba más y se ha quedado con menos. Es una verdadera tragedia, sí que lo es, pero en fin, así ha ocurrido, y... ¡qué le vamos a hacer!

* * *

Uno esperaba haber nacido en la época de la dominación romana. ¡Qué menos! Y en Roma, claro. O en Atenas, con la cultura griega. O en Egipto, con los faraones. O... en fin, en tantos sitios... (Precisamente esta posibilidad cuantitativa es la que me pone negro). Uno esperaba, de todas formas, que el destino no se mostrara tan cruel, haciéndome nacer en una época de plenitud, nunca de transición. (Esto es importante). Y ya se ve. He nacido en el siglo XX y ni siquiera en Rusia ni en Norteamérica. Posiblemente, ya que mis genes vinieron un poco retrasadillos, mi época ideal hubiese sido esperar a nacer el siglo XXI en China o el XXII en el Congo. Pero nada de eso. He nacido el siglo XX y en Oyarzun. ¡Como para matarlos!

* * *

Pero con todo, lo peor no es esto. Lo peor es que uno ha nacido con gustos un tanto originales. Voy a explicarme. Lo peor es que uno, aunque no lo parezca, tenga gustos un tanto salvajes y esotéricos. (También esto necesita una explicación, pero perdonen que no me atreva). En fin, lo peor de todo es que uno se cansa de todo antes de tiempo. ¿Por qué? Precisamente porque sus gustos no concuerdan con los del medio ambiente. (Esto es importante reseñarlo, claro, y Freud y Adler, entre otros, le deben mucho). Sucede que, a veces, a uno le nace la vaga ilusión de que ha vivido, y muy bien por cierto en otra edad y en otro mundo, y sucede también, poquitas veces, claro está, que uno espera vivir en otros tiempos futuros, en que los astros y las estrellas irán iluminando rutas de aventura. Lo malo de estas cosas es que le dejan a uno con un regusto de insatisfacción. Lo malo de estas cosas es que, la gente da en creer que uno está como

una cabra. Y en que, a veces, se piense que no les falta razón.

* * *

Antes he hablado de la época de plenitud y de la época de transición. Y he dicho que este detalle era importante. Lo es. Sucede que las civilizaciones tienen de común en que nacen de los bárbaros y mueren a manos de los bárbaros. Con la pequeña diferencia de que los bárbaros del final, no son los mismos bárbaros del principio. Pero he dicho mal. He dicho que las civilizaciones mueren. ¡No! Las civilizaciones nunca mueren. Son los bárbaros, precisamente los bárbaros, los que mueren a manos de la civilización. Lo que pasa es que, a primera vista, parece otra cosa. Y es porque, las civilizaciones, con un hábil arte para el disimulo, se cambian de nombre.

* * *

Importa mucho nacer en el ápice de la civilización. De cualquiera que sea. Y también importa mucho, muchísimo, no nacer en épocas difíciles, las que se podrían llamar del bajo imperio. Esto explica, ciertamente, algunos alarmantes movimientos de la civilización actual. La gente, o mejor, los genes, esperan: esperan sencillamente el advenimiento del ápice, de la culminación. Solamente la gente bárbara o los genes bárbaros, no esperan, no pueden esperar. Y es que, como ha quedado bien demostrado, en los genes bárbaros, precisamente en ellos, hay una excesiva carga de vitalidad.

* * *

Pero esto es un poco tomar el rábano por las hojas. Algo que, según los mejores manuales de educación al uso, no se debe hacer. No, no se debe. No sé cómo hay que tomar el rábano, pero nunca por las hojas. Como tampoco se puede pretender hablar de las fiestas, y empezar hablando por uno mismo y continuar con el cómodo abuso de las civilizaciones. Si en el mundo hubiera más vergüenza, estas cosas no pasarían. Lo que indica, ciertamente, que en el mundo o hay muy poca vergüenza o no hay ninguna. ¿No les parece? Quizás esto pueda explicar el asunto ese tan peliagudo de los genes y cromosomas, de las civilizaciones y barbaridades, y hasta del asunto ese, no tan peliagudo y sí bastante simpático, de los rábanos. Que nacen, no de la tierra, sino del Refranero. Con lo que a

mí me gustan no los rábanos, sino el Refranero.

* * *

Precisamente ha sido el Refranero quien me ha dado la idea de estas impresiones. Ya he dicho que a mí el Refranero me gusta mucho. Yo me lo imagino a don Pero Grullo, a aquel genial señor, pensando cosas gordas para el Refranero. Yo me lo imagino a don Pero Grullo, a aquel maravilloso observador, estudiando los meses y las estaciones del año, el vuelo de las aves, las costumbres de la gente, el rumiado del ganado y las pezuñas de los caballos. Yo me lo imagino a don Pero Grullo, a aquel buen y un poco tonto señor, apuntando todas sus observaciones, en las vulgares, tópicas, absurdas páginas del Refranero. Yo me lo imagino a don Pero Grullo, a aquel inflexible señor, espionando a su vecino con aire perplejo, y escribiendo: «Cuando las barbas de tu vecino...» Así se escribió el Refranero.

* * *

Pero todas las cosas sirven para algo. Esto es lo gracioso. Y el Refranero, a falta de cosa mejor, sirve para dar título a unas impresiones. Que no es poco. Porque cuando yo empecé a escribir algo para la revista de Rentería y sus fiestas, enseguida se me ocurrió lo de «las barbas del vecino». Porque se da una coincidencia. Y es que, a nadie, sino a Dios, debió ocurrírsele la feliz idea de que Rentería y yo, fuésemos vecinos. Lo que no quiere decir, de ninguna manera, que yo sea vecino de Rentería. Ya ven qué cosa más rara. Pero, por lo que se ve, en esto de los empadronamientos y encasillamientos oficiales se echa mano de una terminología tan castiza, que es capaz de originar serios quebraderos de cabeza. En fin, que quedamos en que Rentería y yo, somos vecinos. Y nada más. Que ya es suficiente.

* * *

Yo le tengo verdadero horror a las fiestas. Y todo es, así lo creo, por esa cosa de nacer a destiempo. Así me lo parece. Y es que, en el tiempo en que yo debí nacer, ya sea para atrás o para adelante, no se llevaban nada los festejos que hoy se llevan. Que no estaban de moda, ¡caramba! Resulta que hoy se llevan mucho las carreras ciclistas, los concursos de baile, los toreros y hasta los fuegos artificiales. Y ruido, sobre todo, mucho ruido. Y gente, sobre todo, mucha gente. Y

es el caso que a mí, los ciclistas... nada; y el baile... nada; y los toretes... miedo; y los fuegos... torticolis. Y el ruido, dolor de cabeza, mucho dolor de cabeza. Y la gente... suda, ¡cómo suda la gente! ¡Vaya... que uno no tiene remedio! Uno recuerda algo de un tal Horacio, y de un tal Fray Luis después, pero tampoco eso quiere recordar demasiado. En fin, que a uno las fiestas, le dejan así, un poco frío, y como esto sucede por Julio, es algo alarmante y sospechoso.

* * *

Es inútil tratar de hinchar la voluntad a fuerza de chicle: no me gustan las fiestas. Es una pena, ya lo he dicho antes, pero esta es la verdad. Las fiestas de los vecinos merecen consideración, ya lo sé. Las fiestas de los vecinos se han hecho para que le guste a todo el mundo. Pero resulta que, todo el mundo y yo, somos antagónicos. Algo que no está bien hecho, ya lo sé, pero algo, también, que ocurre con demasiada frecuencia. Y si todo el mundo y yo somos antagónicos, y si las fiestas de los vecinos se han hecho para todo el mundo, es fácil sacar la consecuencia de que las fiestas de los vecinos no se han hecho para mí. Lo que, si tenemos en cuenta la poca gracia que me hacen, no deja de ser un pequeño consuelo.

* * *

Siento tener que decirlo, lo siento muchísimo, pero la verdad es que las fiestas de Rentería no me gustan. Y ¿saben por qué? Porque detrás de ellas vienen las de Oyarzun. Porque lo peor de las fiestas de Rentería es que, tras ellas, como lo saben todos, vienen las fiestas de Oyarzun. Y esto, con perdón de todos, resulta un poco aburrido. Porque también aquí hay ciclistas, también aquí hay concursos de baile, también aquí hay fuegos artificiales, ¡no faltaba más! y en el mejor de los casos, en vez de toretes, tenemos o bueyes o toros de fuego, que no es moco de pavo. Algo simpático como ven. Y ¿qué puede hacer ante esto un hombre nacido a destiempo como yo? Ustedes me dirán. ¿Qué le queda por hacer a un hombre así? Pues, largarse, nada más que largarse. Pero, ¿a dónde? ¡Ah! eso ya es más difícil, pero hay que largarse, eso es lo inteligente. Y en este punto, yo siento un especial agradecimiento a las fiestas de Rentería, porque, todos los años, invariablemente, me avisan a tiempo que ya es hora de largarse, no importa a dónde. Y agradezco también al genial don Pero Grullo, el que un día, en su famosa obra titulada «EL REFRANERO» escribiera: «Cuando las barbas de tu vecino...» Porque así, uno sabe siempre a qué atenerse.

Cuenta corriente

Le sucedió a un taxista. Había traído como viajeros desde Oyarzun a unos señores que venían de pasarlo bien.

Cuando uno de ellos, abriendo la cartera, se le aproximó para pagarle el servicio, terció el único renteriano del grupo, —hombre simpático como pocos, famoso por su afición al buen vivir y tan rumboso que casi siempre estaba sin blanca—, y en forma autoritaria hizo retirarse al pagador.

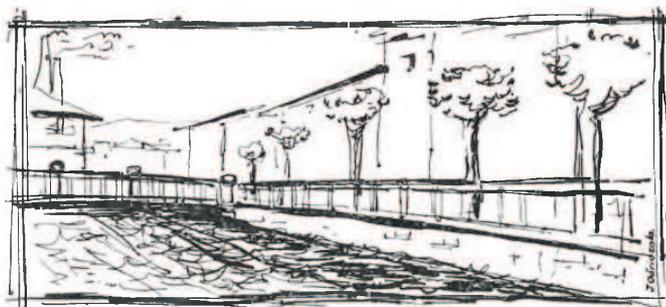
—Pues no faltaba más, hombre; después de que he pasado el día a vuestra cuenta, esto es mío.

Y al taxista:

—¿Cuánto es?

—Cinco duros.

—Está bien, ¡APUNTA SIETE!



La ría y los puentes

Fango desde el principio hasta el fin,
fango que hiede;

eso es la ría, nuestra ría, a ratos.

Fango bajo los puentes, en las orillas...

Un hilo de agua que discurre por el centro...

Esto, y no más, es nuestra ría en la marea baja.

¿Piedras? Pues, sí; también alguna.

¿Arena? Un poquito, quizás, allá a lo lejos.

¿Peces? ¡Jesús! ¡Por Dios! ¡No lo resisten
evenenados en las negras aguas!

Acaso algún corcón, preso en la charca,
chapoteando gozoso en agua de cloacas
huye veloz al subir la marea.

Sube la marea.

Va subiendo el nivel; la ría crece
con agua prestada que ha de devolver luego.

Y al fin queda el agua quieta, tersa, sucia, pero menos.
Ahora pueden los puentes, orgullosos, mirarse al espejo.

El puente de las Monjas,
sólido, macizo, un poco presuntuoso sobre sus pilares,
fénix resurgido del viejo puente de Santa Clara.

El puente de la Papelera,
arco-iris de cemento que, con su reflejo,
encierra a la ría en un duro paréntesis.

El puente de Panier,
abanico estrechado por cinturón de barandillas,

abanico roto antes que estrenado
y estrenado con remiendos.

El puente de Correos,
hijo de un puente provisional de madera,
(provisional, casi eterno)
y nieto de otro de piedra.

(¿Quién se acuerda ya de los puentes antiguos
o de las pasarelas cimbreantes que los suplieron?)
Puente de Correos que sube, y baja de nuevo,
quizás porque no debía de haber subido tanto.

El puente del Asilo,
recto, eso sí, pero también en cuesta,
único que al crearse
necesitó una carretera para él solo.
Puente de la Estación; así lo llaman,
porque ha visto correr a mucha gente
a coger ese tren que nunca espera.

El puente de hierro,
el único inmóvil y que no cambia.
Hierro negro, siempre negro, de luto
por las vidas —¿cuántas van?— que allí cayeron.
Puente negro, de hierro,
con vías teñidas de sangre que no se seca.
Sólo hay otro igual a ti mismo, y es ese:
ese que se refleja, tembloroso, en las aguas,
consciente de sus crímenes.

Un puente, dos puentes... y seis puentes.
Todos distintos, sin pareja, únicos.
Sólo una cosa hay, leve, que los une.
Es ese hilo de líquido pastoso
(agua, sí, alguna vez, pero ahora lodo,
porque ha bajado la marea ya.)
Seis puentes, sí, mas ¿quién los mira?
¡Uf! ¡Qué peste! ¡Qué olor! ¿Quién lo resiste?
La marea ha bajado.
En el lecho del río
descansa alguna piedra negra y sucia.

Todo es fango.
Fango desde el principio hasta el fin, fango que hiede
y que deja solitaria la Alameda...

TXUSTARRA